

II

MARSELLA

Marsella, 30 de septiembre, á las 5 de la tarde.

Ya estoy en Marsella; ya he desembarcado y ya he ido al correo en la calle de San Anacarsis; ya hace muchos días, Adela mía, que no he tenido carta tuya. ¡Hay que esperar aun otras dos horas! ¿Qué hacer? Creía emplearlas leyéndote, y voy á pasarlas escribiéndote. Te las había dado con la imaginación y no te las quitaré.

Después de las montañas, tenía necesidad de ver el mar, un mar cualquiera, el Mediterráneo, en defecto del Océano. Por lo demás, no me pesa; el Mediterráneo es bello de un modo distinto al Océano; pero también es bello. El Océano tiene sus nublados, sus brumas, su oleaje azul y vidrioso, sus dunas en Flandes, sus acantilados en Normandía, sus granitos en Bretaña, sus inmensos arcos, sus magníficas mareas; el Mediterráneo se halla por entero bajo el sol, se le comprende por la inexplicable unidad que hay en el fondo de su belleza; tiene un lado amarillento y severo, cuyas colinas y peñascos parecen redondeados ó tallados por Fideas; la austeridad de la orilla casa

armoniosamente con la gracia del oleaje; los árboles, donde los hay, bañan su pie en la onda; el cielo es azul claro, el mar azul obscuro; cielo y mar son de un azul profundo.

Del lago de Lucerna he ido al lago Lemán; del lago Lemán al Mediterráneo. Es un crescendo. Ahora necesito el Océano ó París.

He llegado al Mediterráneo por el Ródano. He visto el Ródano entrar en el Mediterráneo, con una anchura de dos leguas, amarillo, turbio, fangoso, ancho y sucio. Hace seis días que le había visto salir del Lemán, bajo el antiguo puente de molinos de Ginebra, claro, transparente, límpido, azul como un zafiro.

En el Lemán el Ródano es como un joven, en el Mediterráneo es como un anciano. Allá arriba no ha visto aun más que sus montañas, aquí ha cruzado las ciudades. Dios le da la nieve, los hombres le dan el fango.

Ved aquí, hijos míos, lo que es vivir y correr. Después de haber vivido, después de haber espumajeado, rugido, devorado torrentes y ríos, derribado peñascos, lavado puentes, arrastrado cargas, mantenido ciudades, reflejado el cielo y las nubes, el río, salido estrecho y violento del Lemán, llega, inmenso y tranquilo, al Mediterráneo y en él se entierra. Allí vuelve á encontrar, bajo un cielo deslumbrador, con un horizonte sin límites, el azul profundo, sereno y espléndido del lago de Ginebra. La tumba se parece á la cuna, sólo que es más grande.

He bajado esta mañana de Arlés en el vaporcito. A partir de Arlés, las embarcaciones marítimas se dejan ver en el río, las orillas retroceden y se aplanan; luego la enorme llanura desierta de la Camargo se apodera de la orilla izquierda, luego el horizonte se hace inmenso. A medio día parece que el cielo se

levanta, como si se engrandeciera su obra. De pronto aparece una línea azul. Es el Mediterráneo.

El viento soplaba de tierra, los marineros habían largado las velas del vapor, que avanzaba rápidamente; las orillas bajas de la desembocadura del Ródano se replegaban detrás de la nave, y se ensanchaban á derecha é izquierda, como los bordes de la boca de un caracol de mar; la tierra nos mostraba sólo sus colinas, donde vino á refugiarse la colonia focia y el monte Cerdón, que forma una magnífica ampolla en el horizonte de Marsella, como el monte Ventoux en el horizonte de Aviñón. La atmósfera era tan transparente que, aunque á distancia de doce ó quince leguas, percibía distintamente todos los nervios de la montaña, los verdosos declives de los pastos y las caprichosas grietas de los torrentes.

Las olas se hinchaban; sin embargo, el agua era todavía fangosa; pero ante nosotros veíamos como iba agrandándose, extendiéndose y aproximándose la línea azul, donde aparecían brillantes manchas de espuma. De vez en cuando encontrábamos una especie de cruces erigidas en medio del agua, y son palos de barcos naufragados que la verga del mastelero corta en lo alto como un travesaño de cruz.

Estábamos aun en la desembocadura del Ródano. El momento en que entrábamos en aguas del Mediterráneo es admirable. El agua del mar está separada de la del río de una manera tan distinta y precisa, que hay un instante apreciable en que la proa del vapor se halla ya en la onda azul, cuando aun la popa está en la onda amarilla. No comprendo cómo el Ródano lo hace para llegar á mezclarse con este casto mar.

Una vez que nos hallamos en la onda azul, el Ródano conviértese á su vez en una línea amarilla que se hunde y se pierde detrás de las olas y se presenta á los ojos un espectáculo encantador. El mar es un

zafiro, como decía antes, y el cielo una turquesa.

Esta mañana el viento soplaba con violencia, el Mediterráneo saltaba alegremente; *había mar*, como dicen los marineros.

No eran las anchurosas olas del Océano, que avanzan y se desenvuelven regiamente en la inmensidad; eran oleadas cortas, bruscas, furiosas. El Océano está á gusto, da la vuelta al mundo; el Mediterráneo está en un vaso en donde le sacude el viento, lo que le da esas olas jadeantes, breves y rechonchas. La ola se recoge y lucha. Tiene tanta cólera como la ola del Océano y menos espacio. De ahí las espantosas tempestades del Mediterráneo.

No había tempestad, pero había emoción. Algunas nubes bajas se deslizaban en el límite del horizonte. Era un viento de equinoccio con un sol de solsticio. El mar en ciertos sitios era violeta oscuro; en otros era verde esmeralda. Una lluvia fina, arrancada á las olas por el viento, pasaba de vez en cuando á bocanadas por el vapor.

Yo estaba de pie en la proa. Hacia las dos, el sol y el viento estaban detrás de nosotros, resplandeciendo el uno á la derecha, soplando el otro á la izquierda. Aquella red de impalpable lluvia, arrebatada con violencia por el viento, pasaba por debajo la proa del vapor, y allí encontraba los rayos del sol, lo que hacía aparecer á mis ojos, como pegado á la proa de la nave, un delicioso arco iris sobre el azul sombrío del mar.

Un lindo falucho nos seguía á alguna distancia, más sacudido aún que nosotros. El viento y el sol hacían también de sus dos velas latinas dos cosas deliciosas, hinchándolas y dorándolas. Ora desaparecía su casco como en una hondonada, ora emergía graciosamente sobre la cresta de las ondas. A su alrededor se hinchaba una oleada de espuma enorme y

deslumbrante. Lo que hacía que, visto por delante, parecía un casco invertido que dejaba volar su blanco penacho por debajo.

Aquel falucho, mejor servido por su velamen que nosotros por las ruedas, las cuales en algunos momentos no tocaban al agua, se nos adelantó. Y pasó tan cerca de nosotros, que pude leer en la popa esta inscripción: *Confianza en Dios*; luego escapó saltando por las olas con admirable movimiento.

A las cuatro y media, después de diez leguas por mar, desembarcamos en Marsella. Me interrumpo; me anuncian que el correo está abierto, y vuelo allí.

A las 7 de la noche.

Estoy muy triste, adorada Adela. ¡Ni una carta! Ni tuya, ni de Didina. Didina mía, escíbeme; escíbeme también vosotros, mis adorados Carlos, Totó y Dédé. Mañana iré á Tolón, luego volveré á Marsella ex profeso y espero que encontraré cartas tuyas, querida esposa, de las que tengo verdadera necesidad. Escíbeme ahora y *en seguida* á *Chalon-sur-Saône*, siempre á *lista de correos* y siempre *sin nombre de pila*. He escrito á Cologne para tener tres cartas, y las espero. He hecho preguntar por Mery, pero no está en Marsella en este momento. Hasta pronto, Adela mía, escíbeme; di á nuestro excelente Vacquerie que me escriba. Hasta luego. Os abrazo á todos mil veces.

Tu VÍCTOR

III

LOS DESFILADEROS DE OLLIOULES.—TOLÓN

Hojas de álbum

Exceptuando los hermosos bajo relieves de David en la puerta de Aix y otros dos bajo relieves, el uno romano y el otro bizantino, en la Majore, Marsella nada tiene de monumental. Marsella es un montón de casas bajo un hermoso cielo, y nada más.

La antigua fortaleza, en donde se ostentaba esta orgullosa inscripción borrada por Luis XIV: *Sub quo-cumque imperio summa libertas*; el baluarte de las Damas, testimonio de la bravura de las mujeres marsellesas; la torre de San Pablo, cuya culebrina, de veinticuatro pies de longitud, había lanzado aquella famosa bala que mató en el altar al sacerdote que decía la misa al condestable de Borbón é hizo soltar la risa al marqués de Pescara; todo ha desaparecido.

De la ciudad griega, nada queda; de la ciudad romana, nada; de la ciudad gótica, nada.

He aquí de qué modo los consejos municipales de Francia tratan á las ciudades ilustres. Un comerciante cualquiera ha necesitado piedra para construir una fábrica de jabón, y le han dado la torre de San Pablo. Así es que, á la hora en que escribo, en casi todas las